

BELLAS ARTES.



VAN-DYCK.



ANTONIO Van-Dyck, el discípulo mas sobresaliente del célebre pintor flamenco Pedro Pablo Rubens, floreció por los años de 1599. Desde luego se distinguió entre los demas jóvenes de su tiempo por la afición á las artes y aprovechamiento en el estudio, mereciendo de su maestro elogios nada comunes.

Una tarde que Rubens habia salido de su taller á esplayarse segun su costumbre, Van-Dyck y sus camaradas en-

traron con cautela en su gabinete para observar un descendimiento que estaba pintando, y habiéndose acercado al cuadro demasiado y tropezado uno de ellos, cayó sobre él y borró el brazo de la Magdalena y la barba y la mejilla de la Virgen á que Rubens acababa de dar el último toque. Temerosos de las fatales consecuencias que esta imprudencia ocasionaria, permanecian absortos sin saber que resolver, cuando uno de ellos mas arrojado que los demas exclamó. "Es necesario que sin perder tiempo arrostramos el

21 de febrero de 1841.

Todo por el todo." Tenemos tres horas de tiempo: tome la paleta el mas hábil de nosotros, y procure reparar lo que se ha borrado. Por mi voto elegí á Van-Dyck. Todos aplaudieron esta eleccion excepto Van-Dyck; pero ostigado por las súplicas de sus compañeros, y temiendo el enojo de Rubens, se puso á ejecutar la obra, lo que verificó con tal maestría que al examinar á la mañana siguiente Rubens lo que habia pintado el dia anterior, dijo en presencia de sus discípulos que le miraban temblado de miedo. Parece ese brazo y esa cabeza lo mejor que ayer ejecuté. Este cuadro, que es uno de los mas bellos de Rubens, y que representa el Descendimiento de la Cruz, se ve en la actualidad en la iglesia de nuestra Señora de Amberes.

Deseoso Van-Dyck de conocer al famoso Hals, hizo únicamente con este intento un viage á Harlem. Vanas fueron sus diligencias para verle, porque Hals apenas habia su casa. Viendo Van-Dyck fallidos sus deseos tomó el partido de encargar que le digieran que le esperaba una persona para retratarse. En cuanto se vió en presencia de Hals le dijo Van-Dyck que era un extranjero que queria retratarse; pero que para esta operacion solo tenia dos horas de tiempo. Hals tomó el primer lienzo que halló á la mano, y despues de haber pintado un rato, suplicó á Van-Dyck que se levantase para ver lo que habia hecho. El modelo quedó muy contento de la copia, y travando conversaciones indiferentes, dijo que le parecia bastante facil la pintura, y que si le permitia, se ensayaria en ver lo que podia ejecutar con respeto á este arte; y tomando un lienzo rogó á Hals que ocupase el lugar que él habia dejado. Hals quiso complacer al extranjero; pero cual fue su sorpresa cuando le suplicó Van-Dyck que se levantara, y vió el cuadro que habia trazado. V. es Van-Dyck, exclamó abrazándole con el mayor afecto; y desde entonces los dos artistas estuvieron unidos con los lazos de la mas viva y sincera amistad.

Atraído por los beneficios de Carlos I de Inglaterra, que le hizo caballero de la orden del Baño, y le gratificó con una pension considerable, se retiró Van-Dyck á Londres. La siguiente anecdota ha sido causa de que se le considere demasiado inclinado á las mujeres. Un dia que retrataba á aquel monarca, á la sazón que el rey se entretenia con el duque de Nortfolk, lamentándose del mal estado de sus rentas, conociendo Carlos que atendia á su conversacion al mismo tiempo que á su obra, le dijo acariándose. Y vos, caballero, sabéis lo que es necesitar de cinco á seis mil guineas? Si señor respondió el pintor, un artista que tiene mesa puesta para sus amigos, y bolsillo abierto á sus damas, experimenta con mucha frecuencia la necesidad de dinero.

Otro dia que retrataba á la esposa de aquel monarca como se detuviese mas de lo regular y necesario en mirarle las manos que las tenia muy bellas, y lo advirtiense la reina, le preguntó porque ponía mas cuidado al retratar sus manos que su cabeza, á lo que respondió Van-Dyck, "porque espero señora que esas hermosas manos me den una recompensa digna de quien las tiene."

Este célebre pintor murió el año de 1641, habiendo sido arrebatado á las artes en lo mejor de su edad.

EL CARNAVAL EN MILAN.



MILAN es la única ciudad del norte de Italia, donde ha conservado el carnaval algunos recuerdos de sus tradiciones, en otro tiempo tan brillantes, sobre todo en Venecia. En la actualidad el carnaval de Venecia no es mas que una frase escrita, como epitafio de un uso muerto. Apenas ofrece el gran canal, en el martes de carnestolendas, algunas gondolas, ocupadas por gente del pueblo, fastidiada de encontrarse sola sin poder divertirse; pero en Milán ofrece por espacio de dos dias un espectáculo sumamente animado, sin hacernos cargo de los magníficos bailes de máscara que se efectúan en el gran teatro de la Scala: Vénse las calles y paseos públicos invadidos de poblaciones enteras, compuestas de todos los habitantes de los pueblos y arrabales vecinos, atraídos á Milán estos dias, por costumbre recibida en las familias, en tiempos en que dicho viage tenia un objeto real de curiosidad y de placer, costumbre conservada por tradicion, y que no ofrece á todos estos lugares otros atractivos mas que el de verse unos á otros, y el asistir á las representaciones de la Scala, á los espléndidos bailes de máscara de este teatro, y á los otros ciento que se verifican en otros salones secundarios, y en los establecimientos públicos. Estos forasteros se reconocen á primera vista por lo estremado de sus adornos. Las mujeres cuyo traje ofrece las mezclas mas extravagantes de colorines vivos, van cubiertas de joyas, de suerte que parecen tiendas de orfebrería ambulantes. Estas emigraciones de todos los países vecinos adornan la ciudad. Sabido es las riquezas que contiene el milanésado, riquezas que en esta ocasion se apresuran todas las familias á mostrar al público. En estos dias en que se vé Milán invadido por las poblaciones vecinas se vende cada palco de la Scala á ochocientos ó mil reales.

Pero hay una costumbre singular en Milán en tiempo de carnaval, que basta por sí sola para atraer á los extranjeros, que quedan pasmados al ver tantas locuras y bellequerías: hablamos de los *coriandoli*, manía, rabia, furor que cubre toda la ciudad por espacio de dos dias de nieve y de granizo artificial. Nos explicaremos. El jueves y el sábado que siguen al término señalado por nosotros á las fiestas de carnaval, con el nombre de miércoles de ceniza, se forma un *corso* por la ciudad cuya circunferencia comprende las calles mas transitadas. Se vé ocupada esta carrera por filas de coches y espesas hileras de gente. Todas las ventanas de las casas se ven abiertas, y todos los balcones ocupados por hermosas damas y curiosos espectadores que toman parte tambien en la funcion.

Figúrese el lector que se encuentra en la esquina de una de las calles que forman la carrera; la atmósfera se le presenta cargada de un vapor blanco desde la linea de los últimos balcones hasta el suelo; un verdadero granizo, sin servirnos de hipérbole alguna, cruza el aire contenida entre los aleros de las casas de ambos lados. Desde cada balcon y ventana, señoras, elegantes, criadas, todo el mundo lanza á su vecino, al amigo que transita por la calle, al desconocido puñados enormes de *coriandoli* que caen al suelo, á guisa de espesa nieve. Estos *coriandoli* son unos granitos de yeso, fabricados al intento, que se venden por

sacos en las tiendas, y de los que se hace en cada casa abundante provision para estos dos dias. Algunos los lanzan con la mano, pero la mayor parte los arrojan con *escoppes* de madera, es decir, con grandes cucharas, cuyo mango de ballena tiene propiedades elásticas para arrojar los proyectiles con mas fuerza. Las personas que están en las casas los arrojan á sus vecinos y á los pasajeros, y vice-versa, de suerte que es un fuego cruzado y continuo; y sin cometer ninguna metáfora, podemos decir que oscurecen á la atmósfera. En estos dias todo el mundo renuncia al lujo en el vestir, á menos que se halle seguro de no poder ser amagado por los perfidos coriandoli.

Las señoras salen á los balcones con algun manto ó chal que las protegá contra los ultrages de aquel polvo descorrié que por todas partes se filtra. Los jóvenes que recorren las calles van vestidos con cierta elegancia muy adecuada á las circunstancias; pues regularmente llevan *makintosh*, ó paletot blanco, sombrero blanco, y guantes blancos tambien. Los pasajeros son tambien objeto de todas las travessuras de las personas que hay en las casas y en los coches, llenos de máscaras, y que arrojan por su tránsito á todos cuantos los rodean, y á los pisos inferiores de las casas lo que pueden coger sus cucharas elásticas de los enormes sacos de coriandoli que abruman la cubierta del coche. Sin duda preguntará el lector lo que significa este uso. A esto responderemos únicamente lo mismo que á tal pregunta contestan en Milán. "No lo sabemos. Así es costumbre." Lucida costumbre por cierto, abrumar con montañas de yeso á los amigos, porque cuanto mas amigo es el que pasa, tanto mas coriandoli se le arroja, viéndose á veces singulares testimonios de afecto. Revelaríase en estos dias muchas secretas inclinaciones con una nube de coriandoli lanzados por una linda mano sobre una cabeza favorita. Un puñado de estos proyectiles lanzados con gracia al rostro de un transeunte significa, "Ya le he visto á V.; detiéndose el pasajero al golpe que sobre él descarga, y otro puñado mas copioso de coriandoli le dice: su presencia de V. me causa agrado, en fin, el sacudimiento de un canastillo vaciado en las espaldas del galán es una manifestacion bastante significativa, que solo puede aventajarse sacudiéndole un saco entero. De manera que si la correlacion del yeso son los secretos sentimientos del corazon, es tan exacta como parece indicarlo esta costumbre, debe estar el amor propio de los caballeros en razon inversa de su uso en el vestir. Pero lo que mas diversion causa, es ver á los dignos lugareños de que hemos hablado que sin poder vencer el deseo de correr las calles en donde se celebra semejante fiesta, se ven horriblemente acerbillados de *coriandoli*. Es un gusto entonces ver caer los lindos sombreros de seda encarnada, verde azul con plumas, con flores y lazos. Cada puñado de *coriandoli* lanzado con maestría hace que el ala del sombrero sirva de escoba al rostro de la dama que lo lleva, la cual al bajar la cabeza siente caerle otro puñado de *coriandoli* en el cuello, filtrándose Dios sabe donde. Tal multitud de forasteros con paraguas y bastones en la mano, unos procurando evitar el golpe de la nube de granizo, otros saltando y bailando al mismo tiempo, aquel ruido de estradas y de imprecaciones, y aquella densa atmósfera de polvo blanco formada por el continuo fuego de los *coriandoli* ofrecen un conjunto muy cómico y el mas extraño espectáculo. Algunos se incomodan, pero la mayor parte lo toman á risa; se sacuden, acepillan y lavan, aunque sin poderse quitar por esto, las manchas de aquella nieve inmaculada.

Referiremos un episodio que no nos parece destituido de toda gracia, si bien escude ya los límites de una chanza ligera. Pasaba un caballero por debajo de un balcon principal donde habia una señora; cuando esta le lanzó un

puñado de *coriandoli*, quizá para hacerle levantar la cabeza. El caballero siguió su camino, asegurándose cautelosamente del lugar de donde habia descargado aquella nube, y á pocos instantes volvió arrimado á la acera para no ser visto, y seguido de un criada con un gran saco de *coriandoli*. Entró en la casa donde vivia la señora que le habia arrojado los *coriandoli*, se introdujo en el cuarto segundo, y asomándose á una ventana derecha al zenit de la autora de semejante agresion, arrojó todo cuanto contenia su saco sobre la cabeza de la dama, haciéndola besar la barandilla del balcon. ¿Era esto una declaracion? Por completísima la debió tomar la paciente. Semejantes galanterías se reciben por espacio de dos dias. Para dar una idea de la yoga que goza esta estraña costumbre, solo diremos los gastos que ocasionan la provision de los *coriandoli* á los que quieren usar de ellos profusamente. Cada saco cuesta cerca de ocho reales de nuestra moneda, y apenas hay habitacion en que no se tomen por valor de dos mil reales. Así es, que varios miserables barren las calles con el objeto de poder recoger estos proyectiles y de venderlos; si bien se conocen estos *coriandoli* en el color gris que han tomado en los diversos choques que han recibido en su peregrinacion descendional, de suerte que solo los compran las personas de mal tono.

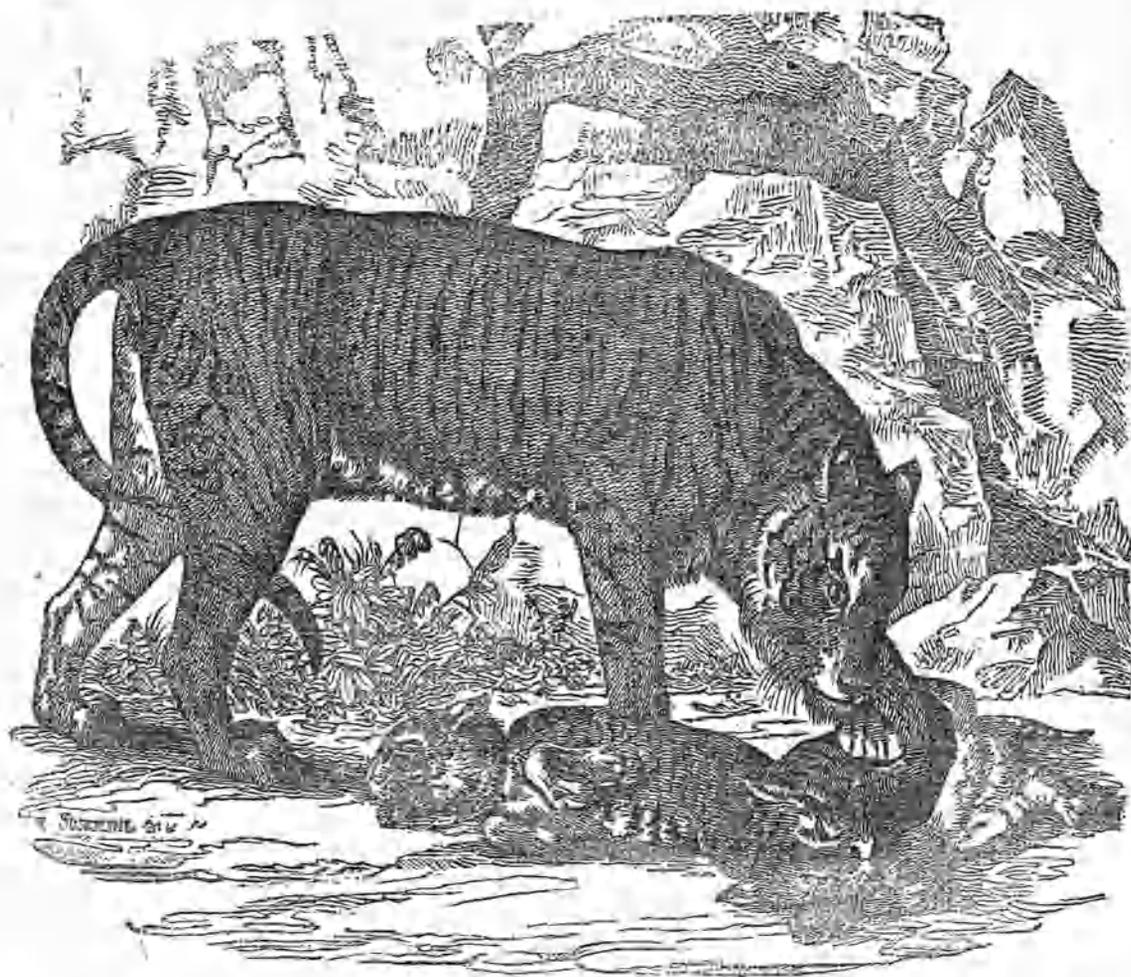
Tan estrañas costumbres tienen un origen inexplicable. No obstante debemos presumir que el punto primero de partida debe haber sido un aviso galante de bombones y gragea que se arrojarían los amigos al pasar; que pensando despues en la economía se reemplazarian poco á poco los bombones cuyo precio elevado limitaba su prodigalidad con bombones de yeso, llegando al fin á abusarse de ellos como sucede con todas las cosas. No obstante, lo que llevamos referido no es sombra de lo que se practicaba hace unos diez años, época en la cual era tal el furor de los *coriandoli* que se arrojaban en solo dos dias por valor de miles de pesos.

Terminase el periodo de carnaval por una especie de paseo donde parecen todos los coches de la ciudad. El *corso* de los carruages que describe un inmenso círculo en torno de la ciudad y por su centro, ofrece el bello espectáculo de la aristocracia en coche y del pueblo á pie, que concurre á admirar y envidiar su lujo.

Por la noche hay diez bailes, así como la víspera y como la antevíspera, en los salones y en los teatros de Milán. El baile mas aristocrático es el del *Casino nobile* que se vé honrado en este dia por la presencia de toda la familia del vi-rey, y de una reunion de la mayor distincion, afabilidad y elegancia.



HISTORIA NATURAL.



EL TIGRE.



ANTES de pasar á hacer la descripción é indole de este terrible animal, será oportuno distinguir los animales á que se ha dado comunmente el nombre genérico de tigre.

Casi todos los viajeros han confundido los leopardos, las onzas y las panteras con los tigres, animales muy comunes en el Africa y en todas las partes meridionales del Asia, al contrario que el tigre, que es muy poco conocido, especialmente de los antiguos. Aristóteles no lo menciona en su historia natural. Plinio dice que Augusto fue el primero que presentó un tigre á los romanos en la dedicacion del teatro de Marcelo, cuando consta que Scauro, siendo Edil habia enviado 150 panteras, Pompeyo 410 y Augusto 420 para los espectáculos de Roma. Plinio no obstante no da ninguna descripción del tigre, Oppiano y Loinio han sido los primeros que dijeron tener el tigre manchada la piel con listas largas, que es uno de los caracteres que distinguen al verdadero tigre; de suerte que segun los antiguos el tigre es un animal feroz, de una velocidad terrible, cuyo cuerpo esta manchado de listas largas, y cuyo tamaño excede al del leon. El uso comun de llamar pieles atigradas á las manchadas con pintas diversas, ha sido causa de que los viajeros han llamado tigres á todos los animales de pre-

su cuya piel es atigrada, es decir, pintada con manchas separadas, aunque no fuesen de la especie del verdadero tigre. Hecha esta aclaracion pasemos á hacer la descripción de este animal.

El tigre ocupa el segundo lugar entre los animales carnívoros, si bien nadie le ignora en malignidad y ferocidad. Lejos de mostrar la nobleza, clemencia y magnanimidad del leon, y la indiferencia de los demas animales de su especie, cuando no les acosa el hambre, y no experimentan provocacion alguna, el tigre se muestra siempre vilmente feroz y sediento de sangre aun cuando se halla saciado de carnis, y descansa sobre un cúmulo de victimas; su furor no conoce treguas ni limites, asola el pais en que habita; no le infunden temor las armas del hombre; deguella y destroza rebaños enteros de animales domésticos y salvajes, y con la misma furia despedaza la primera que la centésima victima: cual si anhélara encontrar resistencia vigorosa para desfogar su cólera, árometa á los elefantes, á los rinocerontes y algunas veces á los leones.

La forma de su cuerpo revela ya la ferocidad de su instinto. A la manera que el aire noble del leon, la espesa y larga melena que cubre su cuello sombreando su rostro, su mirar osado y su paso grave anuncia su arrogante y

magestuosa intrepidez, el tigre manifiesta en la longitud de su cuerpo y cortedad de sus patas, que le obligan a andar casi arrastrando por la tierra, en la cabeza desnuda, en los feroces ojos y en su lengua de color de sangre, siempre fuera de las fauces los caracteres de su villanía y perversidad insaciable: porque animado de un furor ciego que estendiéndose por todo su cuerpo abrasa y corroe sus entrañas, devora ciego á sus propios hijos, y despedaza á su propia madre cuando sale á su defensa.

Algunos historiadores le comparan en la magnitud á un caballo, otros á un búfalo; y otros han dicho que era mayor que un león. Mr. de Laude Mayon asegura haber visto en las Indias Orientales un tigre de 16 pies de largo, comprendida sin duda la cola.

Por fortuna la especie del tigre es bastante rara y menos estendida que la del león: no obstante la tigre parece como la leona cuatró ó cinco cachorros; es furiosa tambien como el tigre; pero su rabia llega á lo sumo cuando le roban sus hijos; entonces arrostra todos los peligros, y persigue á los robadores, los cuales viéndose acosados sueltan á uno de sus hijos; la tigre se detiene, le coge, le lleva á ponerle en salvo, y vuelve á seguirlos hasta la población ó los navíos, y cuando ha perdido toda esperanza de conseguir su objeto, expresa su cruel dolor con los mas terribles ahullidos.

La especie del tigre está reducida á los climas mas ardientes de la India Oriental. Se encuentra en Malayar, en Siam, en Bengala, en las mismas regiones en que esta el elefante á quien suele acompañar para comer su estiércol que le sirve de refresco.

Los lugares donde suele devorar mas presas son por lo regular las riberas de los rios y lagos donde tiene pronto remedio al ardor que en el escita la sangre que bebe de las víctimas, y que consume sus entrañas. Allí multiplica su carnicería, pues por lo regular abandona los animales que ha muerto para degollar otros, en cuya sangre se embriaga, despedazándolos y abriéndolos en canal para introducir en su cuerpo la cabeza y abrevarse en la fuente de sangre que le ofrece la concavidad de los cuerpos, agotándola casi siempre, sin que por esto se sacie su ardiente sed.

Cuando mata á algun animal corpulento no lo abre en aquel mismo sitio, sino que para cebarse en ellos mas á su placer, se los lleva á los bosques, arrastrándolos con suma ligereza.

Mueve el tigre la piel de su faz, cruje los dientes, y brama y ruje á la manera del león aunque de un modo mas bronco. Su piel es bastante estimada en la China, donde los mandarines militares cubren con ella las sillas en que salen al público, y tambien las emplean para las almohadas de que usan en invierno. Su sudor es venenoso, y aun el pelo de su bigote, segun algunos autores, es una ponzoña mortífera para hombres y animales; pero creemos que esta sea una falsa opinion, porque si bien el pelo de su bigote tomado en píldoras mata, es porque siendo duro y de mucha consistencia, semejantes píldoras hacen el mismo efecto en el estómago que harian píldoras de afiladas agujas; así es que los indios comen su carne sin experimentar daño alguno.

Pero creemos ocuparnos demasiado de un animal tan dañino, así que concluiremos este artículo conciliando dos opiniones acerca de la ligereza del tigre. Dice el celebre historiador antiguo Plinio, que la velocidad de este animal es terrible, como parece indicarlo su nombre de tigre, vocablo armenio que significa saeta, opinion que refuta Boncio, fundándose en que casi nunca acomete á los animales que corren, sino esperándolos en emboscadas, pero á nuestro entender la velocidad de que habla Plinio debe entenderse no de la velocidad de los pasos en una carrera se-

guida, pues esto le es imposible por la cortedad de sus piernas, sino de la agilidad de los saltos prodigiosos que dá, á veces de muchas tuesas, y que tan terrible le hace, por la dificultad de evitar su embate.

ARTÍCULO CRÍTICO.

SOBRE EL TEATRO DE DON RAMON DE LA CRUZ (1).



En los bienes mayores que trae á la república de las letras la feliz aparicion de un genio privilegiado, quizá es el mas precioso el de contener á la medianía en los límites que debe respetar, y conseguir de la ignorancia que escuche y calle. Nace Lope, nace Calderon, dirigen sus atrevidos pasos al alto asiento de la inmortalidad; su siglo los ve colocados en la difícil cumbre tocando con la frente los cielos; y al contemplar el brillo que los circunda, desmaya el ingenio esteril, conoce su nulidad, rompe la pluma, y renuncia á una competencia descabellada: de modo que aquellos insignes varones que de tarde en tarde asoman en la escena del mundo literario, ó bien campean sin rivales, ó los tienen dignos. Por el contrario, no hay quien no se arroje intrépido á escalar el Parnaso cuando ve vacíos los primeros puestos en el, ó desmercidamente ocupados. Por eso desde principios del siglo décimo octavo hasta mucho despues de haber corrido su primera mitad, se halló en nuestra España la Musa cómica con tan fértil cosecha de autores chandonés. Cuando Lope, Tellez, Alarcón y Moreto se repartian el señorío de la escena española, no se hubieron atrevido á invadirla los Baxos y Niños, los Valladares y Comellas; pero muertos Calderon y Solís, ¿qué escritor eminente hubo en cuya presencia hubieran debido enmudecer de envidia todos los que plagaron de sandeces los corrales de la Cruz y del Príncipe, desde D. Tomás Genis hasta D. Gaspar de Zavala? Cañizares y Zamora, que entre muchas composiciones dramáticas escribieron muy pocas de mérito, no eran talentos de tan superior gerarquía que hiziesen perder la esperanza de hombrearse con ellos, mucho mas cuando, al influjo de la crítica francesa, empezaba á condur la opinion de que todo nuestro teatro antiguo no valia nada. Unos escribiendo malas comedias originales porque no habia de quien aprender á escribirlas bien; otros desfigurando con versiones infelices los mejores dramas de nuestros vecinos, contribuian igualmente á completar la ruina del teatro español, y á desacreditar, así el sistema antiguo, como el que proponian para sucederle.

En periodo tan azaroso para las letras españolas, entre Cañizares y Moratin, seis años antes que D. Ignacio Luzan publicara su poética (2), nació en Madrid D. Ramon Francisco de la Cruz Cano y Olmedilla, poeta dramático despues el mas fecundo entre nosotros, y uno de los mas distinguidos. Conservanse los títulos de mas de trescientas obras suyas, entre las cuales hay ensayos en todos los géneros de la poesia escénica: tragedias y dramas, comedias y óperas, zarzuelas y sainetes. Estos últimos son los mas, y los que componen el verdadero teatro de D. Ramon de la Cruz, tan-

(1) El autor lo escribió mas diminuto para el certamen que celebró el Liceo en 31 de enero del año anterior: no lo leyó porque conocia que no podia menos de disgustar un escrito en prosa despues de haber oido los bellisimos versos de los Sres. Elise, Larrañaga y Madrazo á la toma de Granada.

(2) 1731.

lo porque una gran parte de los otros escritos son imitaciones del francés, del italiano y aun del alemán, como porque ora imitase Cruz, ora inventara, sus fábulas de mayor estension no son las que le han dado la nombradía de que goza. Heredó Cruz de Cañizares la facilidad de dialogar con gracia y viveza, y esceliéndole con mucho en malicia, supo evitar la afectacion y el tono exagerado y chillante que deslucen las mejores páginas del último sostenedor de nuestra antigua comedia. Abandonó la versificación artificiosa que estuvo en uso hasta su tiempo, y adoptó en todas sus producciones el fácil y flexible romance que Iriarte y Moratin quisieron hacer exclusivo de la comedia en verso; pero la dición de Cruz, aunque generalmente castellana, se quedó harto inferior en correccion, urbanidad y elegancia á la de estos dos escritores. En punto á invencion, dote la más necesaria al poeta, no fue Cruz tampoco muy favorecido, bien que tuvo la suficiente para su gloria: diestro cual ninguno en el desempeño de escenas sueltas, nunca acertó á ligarlas á un plan que estableciese entre ellas dependencia mútua, que las hiciese concurrir á un fin; servir á un interés, y llevar adelante una accion de regulares dimensiones. Con estas cualidades favorables y adversarias, aparece claro que el único género en que podía sobresalir D. Ramon de la Cruz, era en aquella especie de poema que en veinticinco minutos de representacion presta un festivo desabogo á los espectadores cuya atencion sujetó un drama suato ó cinco veces mas largo. Esta razon nos hará dejar en el olvido en que yacen todas las piezas dramáticas que escribió D. Ramon de la Cruz en más de un acto, parte de las cuales ni se imprimieron ni las ha visto representar la generacion presente: hablaremos solo de los sainetes que hemos podido tener á la mano, y cuyas ediciones van haciéndose mas raras de día en día. Horacio quiso que para que una fábula dramática mereciera que el público deseara verla repetidas veces, no hubiese de contar mas de cinco actos ni menos: la fama de D. Ramon de la Cruz hubiera ganado mucho si nuestro paisano se hubiera desentendido de la regla dada por el preceptista latino.

Al abrir el teatro de D. Ramon de la Cruz, impreso en Madrid en diez tomos publicados desde el año 1786 hasta el de 1791, la primera reflexion que ocurre es que proporcionalmente nos quedan poquísimas obras de un autor que escribió tantas. Descontando los dramas mayores incluidos en la citada coleccion, y de los menores los que no son originales, poco mas de treinta son los sainetes que dió á la prensa un hombre que los produjo á cientos. Dice él mismo en el prólogo de su teatro que se proponia escluir de él los que habian sido acaso mas aplaudidos en la escena: si lo hizo porque conoció que estaban mal escritos, la resolusion fue disculpable; pero mal escritos y todo hubieran agradaído mas que *El Divorcio feliz*, *La Espigadera*, *El día de campo*, *el Estranjero* y otras comedias que imprimió para que de nadie fuesen leidas. Los sainetes pues de la coleccion, únicos de que tratamos, se dividen en dos clases: una que comprende aquellos en que entran personas de mediana condicion, y otra en que figuran con especialidad las del ínfimo vulgo: en ambas clases conviene observar qué fin se propuso el autor; qué medios empleó para conseguirlo, y si fue acertado ó no en el desempeño.

Publicada la poética de Luzan, generalizada la lectura de los dramáticos y criticos franceses, era ya obligacion del poeta dramático español que apreciase la importancia de su ministerio, aspirar á mas que á entretener gustosamente, mira que fue casi la única de nuestros cómicos antiguos. Don Ramon de la Cruz, arrogándose el cargo de censor público antes que Iriarte y Moratin empezáran su carrera, intentó la reforma moral de su época, escarneciendo los vicios en el género dramático mas humilde, en el desisti-

mado sainete, amplificacion del entremés; muy necio entremés, muy chavacano y grosero. Fue singularísimo el espectáculo que por muchos años ofrecieron los teatros de España: en ellos se representaban de continuo comedias nuevas ó antiguas sin asomo de objeto filosófico, y la filosofía ó la sátira por lo menos, brillaba en aquellos poemas de entremés que hubieran cumplido con hacer reír de cualquier modo que fuese: el sainete usurpaba entonces las funciones de la comedia, y la comedia solia carecer del gracejo del sainete. No se crea que atribuimos á D. Ramon de la Cruz intenciones que no tuvo: el propio revela al frente de sus obrillas el fin moral de cada una, espresándolo en versos por lo comun harto infelices.

El medio que empleó nuestro filósofo-sainetista para corregir las costumbres, fue el copiar al vivo las que eran dignas de censura. Nada disimuló, á nadie perdonó: la intemperancia vendida por devocion, la etiqueta impertinente — la manía de denigrar al prójimo sin mirarse á sí, el chisme, el orgullo de quien llega á ser algo y no fue nada, las amistades equívocas, la codicia de las madres, la vanidad de las mujeres, la benignidad de los maridos, todo le desabre, lo acusa y lo ridiculiza. Sus lecciones iban siempre encaminadas á la clase media, porque de ella arriba hay entre los vicios pundonor y vergüenza, por lo cual á veces la humilló delante de la clase inferior: respecto á esta última casi siempre se limitó á retratarla, renunciando á instruirla, bien persuadido de que eran inútiles sus sermones. En efecto, de un pisaverde vanaglorioso, de una niña aficionada á galanteos, de una mistica murmuradora cabe esperar arrepentimiento y enmienda; pero ¿qué puede esperar quien prodiga amabilidad y cortesía á las verduleras, honradez y delicadeza á los presidarios? Es opinion de algunos, que D. Ramon de la Cruz profesaba particular inclinacion á los majos y majas, y que por esto los solia pintar mas constantes en sus amores que la gente de casaca: valientes ellos y garbosos, decidoras ellas y discretas, pudo creer nuestro compatriota que la rudeza de costumbres del pueblo bajo de Madrid (que como entonces era menos pobre que despues lo ha sido, estaba tambien menos degradado) valia mas quizá que la escasa, prematura y violenta civilidad de una clase devorada por el afán de lucir, que á hombres y mujeres conducia á excesos vergonzosos; pero pudo ser tambien que no pensara Cruz mas que en pintar lo que veía, y que indeliberadamente conservase en las tablas á los manolos mezclados con otras personas la superioridad efectiva que tiene el hombre armado de navaja sobre el indefenso, la bellaquería y la insolencia sobre el pundonor.

El desempeño de la empresa acometida por Cruz fue el que debían esperar los recursos que tenía en su ingenio. Hábil para observar, hábil para describir, sus cuadros eran un espejo de la sociedad, eran la verdad misma. "Los que han pasado (dice el propio en la introduccion á su teatro, ya citada) los que han pasado el día de S. Isidro en pradera, los que han visto el rastro por la maizna, la plaza mayor de Madrid en vispera de Navidad, el Prado antiguo por la noche, y han velado en las de S. Juan y S. Pedro, los que han asistido á los bailes de todas clases de gentes y destinos, los que visitan por ociosidad, por vicio ó por ceremonia... digan si son copias ó no de lo que ven sus ojos y de lo que oyen sus oidos, y si los cuadros no representan la historia de nuestro siglo." La brava confianza que campea en estas palabras, lejos de haber sido desmentida, tiene á su favor el voto del público en sus aplausos, y el testimonio de nacionales y extranjeros. Por la lectura de *El señorito mimado* y de *La señorita mal criada*, por la *Historia crítica de los teatros* de Nápoli Signozelli, y otros cien escritos contemporáneos, vemos que no son figuras de

capricho los payos y los hidalgos estravagantes de provincia, los majos baladrones, las petimetras antojadizas, los usas casquivanos, los abates frívolos y mugerriegos que á cada paso saca D. Ramon de la Cruz á la escena. De otra suerte no se hubiera atrevido á presentar á un abate plegando cinta, como un aprendiz de costura, en una tienda pública de escofetería, ni á poner en boca de una madre estos versos que horrorizan:

¡Honra! no tuvieron nada
mas de sobra mis abuelos;
pero yo y la chica mas
necesitamos dinero.

Y no se le haga la injusticia de atribuirle la dañada intención de infamar á su país, porque el amor patrio de Don Ramon de la Cruz centellea hasta en los asuntos mas insignificantes. Varios jóvenes, entre los cuales hay uno que acaba de llegar de un viaje al extranjero, tratan de ir á una tertulia para oír cantar á una señorita madrileña. Dice con desden el recién venido:

Al que viene de la Italia
hecho á oír aquellas orquestas,
que en la menor serenata
hay cuatrocientos violines,
ciento y dos trompas de caza,
cien oboes y ochenta bajos,
¿qué efecto queréis que le haga
una mujer...?

— Ser mujer
española la que canta.

responde el personaje detras del cual se esconde el autor. Y si sacudió tan duramente el azote de la sátira sobre la clase media, por ventura fue solo porque sus ridiculeces y sus vicios eran importaciones ultramontanas. No nos desvanzcamos, empero; figurándonos que somos mejores que nuestros padres: Cruz parece que presintió este arranque de nuestro amor propio, y le previno la réplica en el siguiente diálogo entre D. Zoilo y D. Modesto.

Zoilo. Hubo entre nuestros antiguos
gentiles estravagancias.

Modesto. Gentiles serían; pero
ahora no son muy cristianas.

Aquella verdad que resplandecé en los cuadros de costumbres que D. Ramon de la Cruz bosqueja, verdad que se admira igualmente en la composición y en las actitudes: en los caracteres y en el lenguaje, hace ó que no se eche menos en las obras de que tratamos el plan de que por lo comun carecen, ó que no disguste la sencillez suma de las que tienen alguno. Una señora que al salir de casa con mantilla vé á una amiga suya que trae sombrero, que se encapricha por otro igual, y no para hasta que su marido se le compra, forma la accion del sainete que lleva el título de aquella prenda tan suspirada. Una manola que descubre que su obsequiante ha regalado la Noche buena un pavo á otra ninfa *ejusdem farinae*, y que vá celosa á apoderarse del gastronómico regalo, constituye la intriga de *la maja majada*. Dos solteros tienen una ama de gobierno indómita y provocativa como todas las criadas de Cruz: encargáala un refresco para unas señoras cuya visita esperan; enfurécese el ama de que vengan allí mujeres, se despide, y aun hace que se despida tambien la que iba á ser su sucesora: tal es el argumento de los *Hombres solos*. En *la Petra* y *la Juana*, en *El sarao*, *La visita de duelo* y otros sainetes, ni aun esto hay; y sin embargo ni un solo instante de distraccion experimentan los espectadores, porque embebecidos con el natural donaire de cada escena, el drama (gracias á su brevedad) concluye antes que haya habido tiempo para pensar en si tiené argumento ó no. El sistema dramático que sigue el autor en estas composiciones; emana

del principio de verdad ya mencionado, y de la precision de encerrar un asunto en un número corto de versos; y dar fin con una tonadilla; por eso desde que los actores concluyen sin canto la representacion de estos sainetes, concluyen mal, y el público se marcha antes que bajen el telon. El lugar de la escena es uno mismo, ó varía las veces que el argumento lo exige; la unidad de tiempo siempre está respetada; pero tampoco los argumentos piden que se quebrante.

El chiste de Cruz es algunas veces puramente de palabra, y entonces suele pecar de humilde y pueril. Un lugareño cruza una calle con dos caballerías menores; halla gente al paso que se lo estorba, y dice:

Señores,
dejen pasar los jumentos.
— Pasa, hijo,

contesta con la mayor amabilidad uno de los presentes.

Otras veces ostenta la malicia mas refinada. Un alguacil pregunta á varios vecinos del Lavapiés.

Alguacil. Estos caballeros
¿quién son?

Olaya. Yo no sé palabra;
pero con saber que son
hombres conocidos, basta.

Dionisio. Menos yo, que no conozco
á ninguno de mi casta,
ni á mi padre.

Alg. ¿Ni á su padre?

Alg. ¿Cosa rara!

Dio. ¿Cosa rara?

Alg. ¿Juraría usted quien fue el suyo?

Alg. Ya se vé que lo jurara.

Dio. Eso vá en conciencias; yo
la tengo mas delicada

Estos versos son del *Carea de los majos*: en el mismo sainete vienen á un juzgado dos ciegos como testigos de vista.

Cuantas declamaciones se han hecho contra los agentes coriales que embrollan y alargan los negocios, no equivalen á este sencillo rasgo.

Hábladme, mientras acaban
mis muchachos un extracto,
que se ha hecho en cinco semanas,
de un expediente de un pliego.

Sófocles en el desenlace del Edipo encontró la sublimidad del silencio: D. Ramon de la Cruz encontró en el silencio la sublimidad de la sátira. Todos los inquilinos de la casa de Tócame-Roque se agolpan á las puertas y ventanas en disposición de armar una quimera: un desconocido les anuncia que la justicia viene, y en el momento enmudecen todos y se encierran en lo mas hondo de sus guaridas: no hay mas que decir en abono de aquella vecindad. Con todo, este pensamiento parece tomado de Cervantes en la novela de *Rinconete y Cortadillo*. Antes que pasemos á hablar de los sainetes, á cuya clase pertenece el último á que hemos aludido, copiaremos un trozo del que se titula *La falsa devota*, cuyos personajes son de clase decente.

El amo de la casa.

Sepamos

al fin que ha sido esta gresca.

Los hombres.

Es una infamia.

El abogado.

Vecino
mío, si usted no remedia
los negocios de su casa,
es preciso que se pierda.

Amo.

(A la beata, su mujer).

¿La oyes?

Beata.

Si, ; ya te conozco patillas! Pues, ni por esas me has de alterar.

Amo.

; Yo patillas!

Beata.

No nos rompas la cabeza, hombre, que yo no me meto contigo. ¿Se dará bestia mas feroz...? Pero—; ay Dios mio! poned un freno á mi lengua; y ; ojalá que esta no fuese la menor de mis flaquezas!

Amo.

Calla, gazmoña. Señores, ya me falta la paciencia. ¿qué es esto?

Abogado.

Yo lo diré á mi costa, pues apenas sus algazaras hacen un pedimento me dejan, ni estudiar un pleito, y como hago á bulto las defensas, me tocan el bulto en todos los tribunales y audiencias. Su mujer de usted no para en casa.

Beata.

Voy á la iglesia.

Amo.

No es grata la devocion que la obligacion desprecia.

Abogado.

La niña es escandalosa.

La Señorita.

; Yo! ; Con quién?

Abogado.

Con la caterva de maestros y cortejos.

Beata.

(A su hija).

; Cómo, infame...?

Amo.

El labio sella; que ella no tiene la culpa.

Beata.

Pues dí: ; quién puede tenerla?

Amo.

Yo que me fio de tí, y tú que te fias de ella.

Abogado.

La criada siempre trae dos ó tres majos á vueltas, y con el page en camorras y cuchicheos alterna.

Beata.

; Quién lo diría?

Amo.

En sabiendo tus abandonos, cualquiera.

Beata.

; Cómo está el mundo, Dios mio! ; Ah! ; quién tan dichosa fuera que hoy enviudara, y mañana se encerrase en una celda?

Amo.

Sin enviudar, yo te ofrezco que logres lo que desees. Caballeros, punto en boca, y todos por la escalera abajo para jamás volver á subir por ella.

Hombres.

La causa fue...

Amo.

Mi mujer.

La criada.

El motivo fue...

Amo.

La misma.

Señorita.

Todo consistió...

Amo.

En tu madre, que es una mujer de aquellas que en rezando por costumbre, sin fervor ni reverencia, les parece ya que son canonizables. — Pero esta no es conversacion de ahora. — ¿Cuál de estos muebles, Manuela, se casa contigo?

Criada.

Este. (Por un majo).

Amo.

; Tienes con que mantenerla?

Majo.

Si señor.

Amo.

Pues buen provecho; y los demas, todos fuera.

El maestro de baile.

La señorita me dijo...

Amo.

Seria una ligereza.

El maestro de música.

Yo...

Amo.

La solfa de mi casa desde hoy yo he de componerla.

El petimetre.

Yo, señor, aqui venia con el fin...

Amo.

Quando usted tenga mas juicio, puede volver á decirme lo que piensa.

Beata.

Terrible estás...

Abogado.

No está tal, cuando no agarra una buena estaca...

Amo.

Y le rompo á usted por en medio la cabeza, por mal vecino, que nunca avisan las contingencias á tiempo que se remedien, y despues las cacarean.

El rasgo final parece de Molière, y acaso lo es.

(Se concluirá.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.